

La Novela Corta



EL MOTÍN
DE LOS
RETABLOS
POR

10 cts.

ÍM. EXTRAORDINARIO

MARGAS VILA

LA NOVELA CORTA

Director: José de Urquía

**HOMENAJE A LOS NOVELISTAS
ESPAÑOLES DEL SIGLO XIX**

LA NOVELA CORTA, después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, **para complementar su apostolado de divulgación literaria** va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada uno de ellos **UNA SOLA OBRA** en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMÁNTICA

LARRA.--El Doncel.
ESPRONCEDA.--Sancho Saldaña.
PATRICIO DE LA ESCOSURA.--El Conde de Candespina.
MARTINEZ DE LA ROSA.--Doña Isabel de Solís.
HERIQUÉ GIL.--El Señor de Bembibre.
FERNANDEZ Y GONZALEZ.--La maldición de Dios.
ORTEGA Y FRIAS.--Abelardo y Eloisa.

HARTZENBUSCH.--La hermosura por castigo.
GERTRUDIS G. AVELLANEDA.--El donativo del diablo.
PASTOR DIAZ.--De Villahermosa a la China
AIGUALS DE IZCO.--La Marquesa de Bellafior.
NAVARRETE.--Una historia de lágrimas.
PEREZ ESCRICH.--El Cura de aldea.
PILAR SINUES.--La rama de Sándalo.

NOVELA HISTÓRICA

F. PATXOT.--Las ruinas de mi convento.
CAHOVAS.--La campana de Huesca.
VICETO.--Los hidalgos de Monforte.
BALAGUER.--La espada del muerto.

NAVARRO VILLOSLADA.--Doña Blanca de Navarra.
AMOS DE ESCALANTE.--Ave Maris Stella.
CASTELAR.--La hermana de la caridad.

NOVELA NATURALISTA

FERNAN CABALLERO.--La Gaviota.
MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.--La protección de un sastre.
EL SOLITARIO.--Escenas andaluzas.
MESONERO ROMANOS.--Escenas matrimoniales.

PEREDA.--ANTOLOGIA.
VALERA.--ANTOLOGIA.
CLARIN.--ANTOLOGIA.
SELGAS.--Nona.
ALARCON.--El Niño de la Bola.
ARTURO REYES.--Una novela.

También rendiremos un homenaje a la memoria de los grandes escritores y poetas que escribieron narraciones en prosa.

POLÍAS

BOBILLA.--Recuerdos de tiempo viejo.
TRUEBA.--Cuentos campesinos.

BEQUER.--El caudillo de las manos rojas.
CAROLINA CORONADO.--Sigea.

ES RITORES

GANIVET.--Pío Cid.
SILVERIO LANZA.--Medicina rústica.
TABOADA.--Una novela.

EUSEBIO BLASCO.--Una novela.
ALEJANDRO SAWA.--La noche.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, estas grandes novelas extractadas irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por **LA C. DE PARDO BAZÁN, RODRÍGUEZ MARÍN, AZORIN, M. BUENO Y CRISTÓBAL DE CASTRO.**

Estos números HOMENAJE serán extraordinarios y se publicarán intercalados con los números normales de nuestra revista cultural.



El motín --- --- ---

--- --- --- de los retablos

NOVELA INÉDITA

POR

VARGAS VILA

Horizonte limitado; verde y ocre;
la cortina de follajes, tiembla al soplo de la brisa;
la decoran margaritas entreabiertas, y, jazmines malabares, en botón;
los rosales, se dirían genuflexos, bajo el peso de sus flores, en un gesto,
de letal adoración;
en el oro de la tarde, la miseria del Sol brilla, quasi extinto en la gran de-
crepitud de la hora vespéral;
en un nimbo de cenizas, muere el día, ya cadente en los flancos de la
Noche;

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista, son consideradas como tales, bajo la ex-
clusiva responsabilidad de sus autores,

trionfadoras las tinieblas, lo coronan;
como el asa de una ánfora de agata, medio oculta entre las nubes, la luna,
en primer cuarto creciente, señorea;

ostentorios diferentes, va brindando a las estrellas, la gran comba de los
cielos, muy pálidos, muy sensibles al misterio de la sombra;

una capa pluvial, azul-violeta, laminada en viejo argento, extendida en las
tinieblas, la colina, muy cercana, parece;

caudatario de esa cuda, semeja el río minúsculo, que en la sombra va co-
rriendo, con reflejos de moaré;

la salmodia de los campos, musita extrañas músicas, en los verdes, y es-
carlatas, y, los índigos pálidos, de la pompa vegetal, y, la calma arborescente
del jardín;

quieto el lago vitrescente;

en su fondo se retratan las estrellas, semejando fragmentos de cristal, caí-
dos de una vidriería celeste;

dos cisnes párvulos surcan sus olas, ensayando gaudentes en la sombra, de
sus alas la diáfana inquietud;

las camelias, son muy blancas, con blacuras monacales, y, tersuras de
marfil.

pero, más blanca, es la virgen soñadora, que cerca a ellas, en la pálida pe-
nombra de las hojas, está inmóvil, y, medita;

parece una *intaglia*, esculpida en el tronco del grande árbol que ampara su
belleza archidivina, y, el encanto sugestivo de su gracia juvenil;

luz dorada los cabellos de un color de miel hiblea, que cual flámeo cando-
roso, a los flancos de su rostro de blancuras de gardenia, le caen; sujetados ha-
cia la nuca y hechos trenza, por la espalda como una sierpe de auricalco, hasta
más abajo del talle le descienden;

grandes ojos azulosos, de un azul, turbio y, metálico, con reflejos amatis-
tas, como trozos de turquesas, entallados en cristal, al palor de sus mejillas le
dan sombra y le dan luz con los rayos escapados a la red aurea y espesa, que
le forman las pestañas, en redor de las pupilas de un vértigo sideral;

muy pálidos, muy delgados son sus labios; en un gesto de tristeza y de des-
dén, van plegados; cual dos muros de silencio, conteniendo la palabra mu-
sical;

su garganta columnaria, se ensancha hacia el busto, que comban como dos
urnas votivas, los dos pechos, prisioneros en las mallas de los linos de blan-
curas deslumbrantes;

toda en blanco va vestida; en un blanco de azahar;

un gran lirio de cristal, ornado por los pistilos de oro de su blonda cabelle-
ra, parece;

bajo el nimbo de la luna, ella aparece, como un astro, aun más triste que la
luna;

un gran cirio funerario en la sombra de la tarde;

con un libro entre las manos, manos largas sensitivas—de esas manos tan

amadas a los pintores sieneses y a sus émulos de Fiésola, de a mitad del siglo iv, manos que se dirían tentaculares,—apoya el libro contra el pecho:

ha dejado de leer, y, medita;

romántica, ensoñadora, deja las carabelas de sus sueños, errar bajo el cielo nublado, en el cual las nubes hacen lagunas de oro, sobre la suave placidez de las cosas dormidas, que parecen ellas también, soñar en alta voz, con el murmullo de los arroyos, que corren sobre el corazón de la tierra vencida;

rememora;

vueltos los ojos de su espíritu hacia sus paisajes interiores, remonta en ese peregrinaje mental, el curso, bien corto de los días de su vida;

no recuerda ojos maternos que sobre ella se fijaran con amor;

ni cántigas maternales que en la cuna la mecieran;

solitaria como un río en el desierto, fué su cuna;

y, recuerda de su infancia las veladas sin amores, sin los juegos de otros niños;

y, la casa campesina en que creció;

gente tosca, indiferente en su redor;

y, mas luego, el amplio claustro, y, los vastos dormitorios de un colegio.

y, la paz austera y grave de la vida monacal;

y, los rostros, de las monjas, maternales, o agresivos;

la visión pálida y triste de sus otras compañeras de pensión;

pero, aquéllas tenían madres, que venían al locutorio, a visitarlas; las abrazaban, las besaban, se miraban en sus ojos, como estrellas en un lago de quietud;

y, a ella, nadie la buscaba, a ella nadie la abrazaba, a ella nadie la besaba; nadie vino de sus ojos, a mirarse en el cristal;

siempre triste, siempre sola...

¿cuánto tiempo?

muchos años...

tenía ahora diez y seis...

y, hacia sólo algunos meses que había venido a la casa protectora de sus tíos; a esa casa solariega, dulcemente hospitalaria para ella;

allí, una atmósfera de afectos, muy estraña, calurosa como una ala, la envolvía;

al principio, la figura alta y severa, de su tío, don Gerardo, le dió miedo; como una codorniz prisionera en el lazo, había temblado, cuando él, la abrazó al llegar a la casa, por primera vez;

poco a poco, ese miedo disipóse;

los ojos alconianos de su tío dejaban su expresión dominadora al mirarla, se hacían tiernos, cariñosos, cuasi humildes; y sus labios, al besarla en la frente, temblaban de emoción;

y, su tía, doña Marta;... una madre cariñosa para ella;

nada igual a la ternura de sus ojos, si miraban a la huérfana indefensa;

nada igual a la dulzura de su voz, cuando la hablaba; nada igual a la pasión de sus labios al besarla; toda su alma estaba en ellos;

todo, hasta el recuerdo de su soledad, había pasado, se había como fundido al calor de aquella atmósfera de amor que la rodeaba;

parecía que su corazón hubiese nacido al contacto de aquellos afectos y se abriese como una flor sedienta al beso del austro;

la llegada de Renato, el hijo de un primer matrimonio de doña Marta, había venido a añadir un nuevo encanto a la serenidad de aquellos días, que tenían la diáfana quietud de un remanso de río, en la montaña;

y Renato era bello, era extraño y soñador...

y ella gozaba ahora en evocar esa figura obsesionante, y entrecerraba los ojos sobre el joyel metalescente de los campos, como para reconstruirla mejor en el recuerdo, en esa casta penumbra llena de idealidad;

y surgía, poco a poco, en el recuerdo, del ausente el perfil dominador;

y su silueta se levantaba completa ante ella, como incisa en el horizonte, bajo el resplandor de los astros fosforescentes;

y lo veía con una extraña vitalidad, tal como era;

ni alto, ni opulento, de carnes;

no pequeño, y mediano, muy cenceño era de sí;

blanco el rostro, con la extraña palidez meditativa del que vive muchas vidas en sus sueños interiores, del que lleva un signo aleve, del que tiene alma fatal;

los cabellos negros, lacios, en guedejas tumultuosas proyectando sombra densa, en la frente amplia, y, turbada, inquietante, cual la vista de una mar; tras de ella se sentían las tormentas interiores, en perpetua ebullición;

unos ojos soñadores, de color de la avellana, no muy grandes, aquilinos; unos ojos dominantes que en orgullo no hubo iguales;

una boca voluptuosa, con los labios proeminentes, una boca imperativa, con los labios más sensuales, que se pueda imaginar;

unos dientes de blancuras infantiles, en encías frescas y rojas, con rojeces de un fresal,

esa boca, que sin duda a los besos imantaba, tenía un gesto despectivo, de insolencia, y de dominio, que alejaba o atraía, el cariño de las almas, según fuera el ritmo extraño, de sus labios, al hablar;

una boca destinada a ser cauce de elocuencias, y dejar por sus parajes, señorear la tempestad, de la palabra;

débil bozo, sombreaba esa boca tribunicia;

algo miope, entrecerraba las pestañas, al mirar; resguardando sus pupilas, que brillaban cual las de un felino en un zarzal;

pocos meses habían transcurrido desde el día, en que él, vino, terminada su carrera, del colegio en que estudiaba en la vieja capital de provincia;

grandes fiestas había habido en la casa, al regreso del mancebo;

y, este, había sido para ella, amable, cariñoso y, leal, como un hermano;

y, la vida se hizo encantadora en aquella comunión de almas, en que mez-

claban la belleza de su juventud, a la belleza de los paisajes, y, dejaban penetrar libremente las claridades del cielo en las claridades de sus almas, en las cuales, no había caído aún el calor y la sombra de las cenizas, que dejan los bellos sueños, al morir, sacrificados por la Vida;

se hicieron inseparables, como si aquella soledad de campos que los rodeaba, fuese un atractivo más para la fusión lenta de sus almas, en un divino crisol;

ambularon en los bosques, recorrieron los plantíos, cabalgaron largamente a través de las llanuras, y, les fueron familiares, los senderos más ocultos, las veredas más lejanas de los campos;

la montaña les mostró sus senos vírgenes, y, las olas de los ríos, reflejaron de su barca la silueta, y, miraron sus figuras retratarse en su pálido cristal;

en las noches, hicieron música en el salón familiar, y, ella, cantó viejas romanzas, aprendidas de las monjas;...

y, su voz suave parecía despertar los letargos del campo, acariciándolos con una letanía de ritmos desconocidos, que recordaban voces muy lejanas, voces de recuerdos desvanecidos que tuviesen lo infinito de un crepúsculo...

hubo un resurgimiento de alegría, en el viejo salón, adornado de muebles vetustos, y, en cuyos muros, los retratos de los abuelos, parecían sonreír desde el fondo de una noche de siglos;

y, él decía bellos versos melódicos;

y; sus manos al decirlos, diseñaban bellos gestos armoniosos, en el aire; se diría que bordaba bellas cosas, con el hilo de luz de sus palabras;

y, en las tardes ensoñaban en las sombras del jardín;

allí mismo, donde ella lo esperaba...

¡qué de ensueños se habían hecho!, ¡qué de cosas se habían dicho, en el alma luminosa de las tardes moribundas!... ¡cómo habían crecido las rosas de su Idilio, en ese rincón del jardín solitario, ante los ponientes empurpurados, donde el sol parecía detenerse un momento para mirarlos, y, era como una Esfinge de onix, agazapada sobre un pedestal de granito rojo;

y, esa tarde él retrasaba;

y, la tarde y, los parajes, parecían solitarios, mendigar en su miseria, la limosna de sus ojos y, el encanto de su voz;

y, la virgen, impaciente, lo esperaba;

melancólica aguardaba la llegada de aquel que había turbado tan hondamente su corazón...

y, el fervor de su pensamiento, se hacía suavemente triste, como si las nubes que se desgarraban en el cielo, se desgarrasen también dentro de su alma...

magníficamente.

De regreso a su casa, Renato Ortiz, vagaba por la llanura, a esa hora, en que Cordelia, su prima, lo esperaba;

amaba el suave placer de *ambulat in horto*, que el Poeta latino, canta en sus versos;

él, también era un Poeta, y gozaba en ambular por los campos, bajo la caricia de las tardes vencidas, entre las avalanchas de oro de los cielos lejanos;

y, ese día, regresaba mas tarde a su casa, como sugestionado por el encanto de la hora, por el suave hálito de melancolía, que se escapaba de las praderas inermes, hechas cuasi diáfanas, por los mirajes lunares, que fingían lagos de plata, sobre el terciopelo verde oscuro de los llanos, mientras la luna, como una galera de ópalo, hendía con su prora el oleaje de las nubes;

la visión de los campos paternales, era benéfica a su corazón;

en medio de esos campos había nacido, ellos lo habían visto crecer, como una espiga de sus triguales, bajo esos mismos cielos, que la tristeza de la hora hacía pálidos, con una anémica palidez de consunción;

su silueta elegante, se proyectaba sobre esos senderos, que le eran fraternales, como algo exótico, casi ultrajante, al candor campesino de los paisajes, que desfallecían lentamente en el silencio;

la gloria de los grandes espacios, imantaba el vuelo de sus sueños, que se hacían tristes, en ese dolor que parecía flotar en el alma del Crepúsculo;

y, dióse a recordar cosas de esos campos, como si dialogase con ellos, despertando para escucharla, el alma muda de los parajes;

y, su pensamiento parecía seguir el rumbo de las hojas marchitas que el viento había desprendido de los árboles, y empujaba por el sendero, en rondas dóciles, lejos, muy lejos, hacia horizontes ya violados, por la Muerte y, el Olvido;

y, escuchaba el ritmo lento del Pasado, que le hablaba;

recordaba su niñez;

eran pocos, pero bellos, los recuerdos de esa edad;

la gran casa solariega, en que había nacido, llena de silencios y, de quietud;

la figura de su madre, entonces tan joven y tan bella, consumiéndose como una rosa de mansedumbre en aquella soledad;

su padre, un anciano achacoso, encorvado, regañón, ante el cual temblaban los propios y, los extraños; siempre inclinado sobre los libros no alzaba de ellos

la cabeza, sino para dar órdenes imperativas, o abrir su caja fuerte, y, entre- tenerse ante ella, contando los dineros, o arreglando notas, con una dulce frui- ción que le hacía desarrugar el ceño altanero, y brillar alegres las pupilas bajo las cejas hirsutas;

sólo para él, tenía ternuras aquel carácter agrio y hosco; lo acariciaba lar- gamente, y, le permitía permanecer en su despacho, gracia que a su madre, no le era nunca concedida.

él, beneficiaba poco de esa gracia, porque no amaba sino estar al lado de su madre, gozando de sus caricias, y, monopolizando sus besos;

la llegada de Gerardo, un sobrino de su padre, a quien este había traído para hacerlo administrador de sus bienes, había dado una nota de alegría a la casa, porque éste, era alegre, jovial y, decididor y distraía a su madre y lo dis- traía a él, en ese limbo de tristezas en que vivían;

su padre, hizo entonces una larga ausencia, y se estableció en la Capital, donde puso una Agencia de Negocios, que era una casa de usura;

recordaba, que durante esa ausencia, su madre estuvo una vez enferma, y, lo alejaron de ella, llevándolo a casa de unos arrendatarios;

cuando volvió, halló a su madre tan delgada, que se puso a llorar al abra- zarla;

poco tiempo después, regresó su padre, más enfadado y más enfadoso que nunca;

sobrevivió poco tiempo a ese regreso;

una tarde lo trajeron muerto, atravesado el cráneo por un balazo;

oyó decir, que un campesino lo había matado, tirándolo desde un bosque cuando él, regresaba a caballo, de cobrar el impuesto a los arrendatarios de sus fincas, y, que el asesino había huido;

el duelo que siguió a aquella muerte, ensombreció más aquella casa ya llena de una trágica soledad;

su madre enlutecida, bella en sus tocas negras, como una flor bajo la noche, era como un fantasma, errando en los salones desiertos, donde solo las ri- sas inocentes de él sonaban como un ritmo de oro, allí donde la palabra misma, parecía cataléptica en el Silencio;

los días de ese duelo, fueron cortos, y, tras ellos, brilló un gran día de fiesta;

las campanas de la pequeña capilla rural, sonaron con voces claras y límpi- das, como de alondras matinales, sobre la quietud estática de los paisajes inermes;

los cirios brillaban en el altar, como un vuelo de cantáridas sobre las fron- daciones oscuras.

las flores fingían arcos triunfales, ofreciendo al sol sus bellezas de holo- causto;

y, en las gradas del presbiterio su madre de rodillas, dando la mano a Ge- rardo, y, recibiendo la bendición del viejo cura;

se caía;

así se lo dijeron, alzándolo en brazos para verla salir de la capilla, radiante de hermosura, del brazo de su nuevo esposo;

ya en la casa, su madre lo había besado, y Gerardo también;

¿por qué él, había llorado tanto, como si presintiese que la armonía de su vida había sido rota para siempre, y, su hogar había sido envilecido y mancillado?...

vagamente, confusamente, el instinto más que la razón, le hacía presentir un peligro para su ventura, en aquel amor, que florecía bajo sus ojos, hechos infinitamente tristes a causa de esa felicidad que asesinaba la suya;

la casa se hizo alegre y ruidosa, como un nido recién formado;

todos dejaron el duelo de su padre; solo él, continuó en llevarlo, con una doble pesadumbre, como si llevase también el de su madre, que se le aparecía como muerta, al verla en brazos de otro hombre...

esa, era la mujer de Gerardo; esa no era ya su madre;

y, se distanció poco a poco de ella, retirándole las ternuras de su corazón, y esquivando la caricia de sus besos, que no quería compartir, con *el otro*, con el intruso, a quien principiaba ya, a profesar un odio infantil, ilimitado;

de tal manera llegó a hacerse insoportable, en su taciturnidad agresiva, y, rencorosa, que antes de cumplir los siete años, lo enviaron a la escuela de la aldea cercana, en pensión, en casa del viejo maestro, cándido y, bueno, que fué para él, como un padre cariñoso;

allí estuvo hasta que cumplió los diez años, y, entonces, lo mandaron interno, a un colegio de la Capital;

no venía a su casa, sino durante las vacaciones, y, venía displicente, taciturno, con una verdadera contrariedad, de llegar aquella casa que él miraba como profanada; para alejarse de ella, se entretenía en grandes excursiones a caballo por sus propios campos, visitando los viejos arrendatarios que lo amaban mucho; se comprometía en partidas de caza, muy atrevidas, en las montañas cercanas, y duraba largos días ausente, para evitar la vista de su padrastro, que le era insoportable y, frente al cual, sentía ya el vago deseo de asesinarlo;

a cada año y, a medida que engrandecía, sus discusiones, eran, más vivas y más acres;

él, gozaba en humillar a su padrastro, recordándole que no era sino el Administrador de sus bienes, que sus riquezas eran suyas, y, allí no había más amo que él, y terminaba diciéndole:

—Tú eres un intruso, que me has robado todo, hasta el corazón de mi madre;

ésta, intervenía siempre, poniendo entre esos dos seres el velo tembloroso de sus lágrimas, para aplacarlos;

estas disputas, terminaban, por abreviar las vacaciones del hijo, que antes de concluídas, regresaba a la capital, más agriado de carácter, más solitario y más triste;

para olvidar, se entregaba con pasión a sus, estudios, en los cuales avanzó con una rapidez desconcertante, que hacía el asombro de sus maestros;

en pocos años alcanzó los diplomas, que otros tardaban muchos en alcanzar;

llegado el momento de escoger una carrera optó por la del Derecho, donde los futuros combates del Foro lo atraían; sentía la fascinación de la tribuna, como el deslumbramiento de una cima;

el Amor de la Libertad, y el Amor del **Arte**, escoltaron su juventud naciente y, pensativa;

y, se dió a ellos;

graves expositores de cuestiones sociales, y, panfletarios democráticos, dados a la anarquización de los espíritus, formaron sus lecturas favoritas, y, su corazón se empeñó en el sueño difuso de la evangelización de los tiempos nuevos;

en Arte, lo poseyó una extraña fiebre de Exotismo, un Impresionismo inquietante, un algidismo de la Sensación, que lo hacía ir siempre en busca de lo nuevo y de lo raro;

el neoterismo de ciertas escuelas, lo atraía, y, huía de las escuelas y de los museos clásicos, como de un hospital de infecciosos, de donde se escapara un vaho letal, repugnante y contagioso;

amaba el Arte yemal de los jóvenes, pronto a convertirse en una floración de bellezas, y, tenía en predilección, por creerlas un desafío a la mediocridad triunfal, las teorías disolutorias del cubismo, y, las impetuosidades futuristas, llamadas a minar el hieratismo alejandrino imperante en todas las escuelas;

detestaba el amatorismo estático de todas las ortodoxias de Arte, empeñadas en hacer de su pasión una verdad y tenía por la Crítica profesional, el desprecio que todo espíritu superior debe tener;

en literatura era apasionado por lo que podría llamarse el esoterismo de estilo, y, no leía, sino los escritores antimultitudinarios, aquellos que gozaban el privilegio del aislamiento, y, eran los antípodas de la Popularidad;

el cromatismo de la frase y el prismatismo del concepto, lo atraían, y, se extasiaba ante las aliteraciones y los atrevimientos de ciertas prosas, en las cuales parecía sentirse el vértigo del cincel, tallando un anaglifo;

no amaba los autores fáciles de leer y de comprender; esa facilidad le parecía, la señal inequívoca de la mediocridad;

por eso no leía sino los escritores complicados y, profundos, que lo obligaban a releerlos y, a meditar;

su jasoínismo atrevido, no gustaba de explorar arroyos superficiales, iba hacia los ríos hondos y caudalosos, cuyas cabeceras se pierden en las cimas tempestuosas, y, hacia los océanos tenebrosos e inabarcables que colindan con lo Infinito;

poseía la eutrapelia de sus sensaciones,—difícil ciencia de poseer en la juventud—y, ella lo libraba de esas orgías mentales de lo retrospectivo, de esa embriaguez de rebaño, que es el amor del clasicismo, y, no figuró en el estol, de las viejas momias procesionales, marchando bajo los parasoles del Ridículo;

por eso, amaba con fervor los poetas, iconoclastas y, revolucionarios, que pasaban rompiendo con los cascos de su Pegaso, las coroplastias bárbaras que los alfareros de la Tradición, se empeñan en exhibir como modelos inmutables;

él, también era Poeta, y, el *navío ebrio* de Rimbaud, se balanceaba en las ondas de su pensamiento;

pero, no hacía versos;

las redes de la métrica, por ductiles y, luminosas que ellas fueran, le parecían siempre estrechas para el libre vuelo de sus visiones;

leía muchos poetas;

de sus coterráneos él, los conocía a todos, pero, trataba muy pocos;

sólo admiraba a aquellos que vivían para el Arte, y no del Arte;

frecuentaba aquellos que llenaban su deber, no sus bolsillos;

tenía un desdén profundo por los vencedores, y sólo se inclinaba ante los vencidos, ante aquellos, que habían caído heridos por un golpe de alas de sus propias victorias;

sabía todo el lodo de que está hecho el triunfo, y se apartaba con horror, de aquellos que salían del pantano de la celebridad, orgullosos del fango infecto que los cubría como un manto tornasol;

algunos escritores consagrados, se decían sus amigos, y, lo visitaban;

él, no los leía;

era el único modo que había encontrado de conservarles su estimación;

todo eso, lo hacía un aislado...

y, se engrandecía lejos de todos, y, a la vista de todos, como un peligro;

terminada su carrera, había vuelto a su casa, con la intención de asumir la administración de sus bienes, y, había hallado allí, embelleciéndola con su presencia, aquella huérfana tan bella, que le habían presentado, como una prima suya, muy lejana, cuyos padres habían muerto dejándola en desamparo;

y, había sido como hipnotizado por aquella belleza, que parecía haber hecho prisionero el Sol, en sus ojos de violetas...

pronto se había establecido entre ellos, una suave intimidad de almas, un puro y férvido cariño, inmaculado como los linos de un altar;

la soledad favorecía y acrescentaba aquel sentimiento reposado y grave, que parecía por su blancura tener las alas nivescentes, de los ánades silvestres, que en las lagunas cercanas emulaban por su candor los ninfeos de las riberas;

¿era el amor?

eso se preguntaba él—ya convencido de que lo era,—esa tarde, regresando a su casa, por los prados silentes, cuyas gramíneas parecían un vello sutil y cuasi ideal, nacido sobre el dorso de la tierra, y todas las cosas eran pacíficas, en el alma tierna de la tarde, bajo el claror naciente de la luna, que argentaba los paisajes;

perdido en el efemerismo de sus sueños, andaba de prisa, aguijoneado por el deseo de llegar antes que fuese noche completa al jardín, donde sabía que

lo esperaba, sin previa cita, aquella a cuyo lado, las horas tenían una dulzura de miel, apurada gota a gota, en el blondo panal de los ensueños;

y, era noche ya completa, noche diáfana, estelar, cuando llegó al rincón apartado del jardín donde yacía la virgen, blanca entre el verde tenebroso de las frondas en las cuales parecía vagar algo invisible en el estremecimiento de los rosales, y, bajo el vuelo errátil de las libélulas;

se diría que el alma de las aguas, había callado a los pies de ella, en el arroyo, que se veía como inmóvil, retratando el cielo en su pálida franja de azur;

oscilación de los follajes, y ruido en el bosque cercano, anunciaron la aparición del Bien Amado a los ojos de aquella en cuyo corazón cesó toda inquietud y en cuyos ojos apareció una calma amnistiante, olvidadiza de la angustia pretérita, serena, como la paz discreta de los campos, que a esa hora desaparecían en el seno de la noche, que caía sobre ellos como párpados fatigados, cerrándose sobre pupilas turbias de sueño;

nunca sonrisa más bella apareció en labios taciturnos, que esa con que ella lo saludó, tendiéndole la mano;

él, llevó ésta, primero sobre sus labios, y luego sobre su corazón, y se sentó al lado de la joven, que los rayos de la luna, parecían coronar de una diadema de aljófares;

temblaron los arbustos, en su gracia arborescente, oscilaron los follajes en su plácida quietud, y extendieron las parásitas sus hojas tentaculares, como manos protectoras sobre ellos.

—¡Cómo es triste la Soledad!—dijo ella;—¡cómo es triste!; ya iba a retirarme; ¡es tan tarde!; mi tía debe estar inquieta;—y más con los ojos que con los labios, tiernamente le decían:—¿por qué has tardado tanto?...

—No hay soledad para aquellos que aman—dijo él, con una voz grave, en cuyo diapasón vibraba un tremor de sueños incumplidos y cosas emocionantes;—el Amor, es una presencia invisible, que llena a todas horas nuestro corazón con la divina Visión del sér amado; nuestras pupilas, están siempre, llenas de él, deslumbradas por él; y, si cerramos los ojos, lo vemos mejor, en el seno inerte de la Soledad; nuestras pupilas tienen entonces la ceguera augusta de los dioses, absortos en la contemplación de su propia divinidad; el Amor es lo único divino que hay en nosotros; vivirlo, es centuplicar hasta lo infinito ese átomo de divinidad; hacernos dioses: los labios pesados de la Soledad, mudos para otras almas, no saben los secretos del Silencio para los corazones amantes, y, les murmuran, siempre y a todas horas, el nombre del Sér Amado, y, ese nombre lo llena todo, y, es como un cántico en la Eternidad.

—Sí—dijo ella, como si el centelleo, más que el sonido de aquellas frases, la hubiese sumido en un limbo poblado de dolorosas evocaciones;—sí; pero, yo tengo miedo, un miedo invencible a la Soledad; la Soledad fué mi madre, la Soledad fué mi nodriza; yo me he lactado a los senos de la Soledad, y he agotado sus pezones; mi Vida ha sido una Soledad; mi alma, era una Soledad, antes de que tú entraras en ella, para disiparla; mi corazón, era una Soledad, antes de encontrar el tuyo; mis manos se extendían en la Soledad, antes de encon-

trar las tuyas para apoyarme en ellas y estrecharlas con fervor; ¡ah! ¡cómo es triste la Soledad del alma!... nacer sola... crecer sola... vivir sola...; esa ha sido mi Vida, y la idea de morir sola, me tortura y me anonada.

—¿Sola? y, ¿no vivo yo? ¿no estoy a tu lado?

brilló una luz de pavor, en los ojos de la joven, que se engrandecieron, como enloquecidos por el espanto de una Visión, y, con una voz en que parecía gemir la angustia de todos los presentimientos, dijo: —Tú has dado una nueva luz a mis ojos, que eran ciegos para el mirar de las cosas interiores, me has revelado mi corazón, y, me has hecho ver en el fondo de mi corazón; tú has modelado mi Vida, en troqueles de belleza espiritual, que me eran desconocidos; tú has dado formas vivas al Ideal, que dormía más allá de las sombras de mi corazón, en la Vida Inánime; pero... esto... ¿vivirá mucho tiempo? el soplo de la Fatalidad, que ha de apagar todo esto y de disipar todo esto, duerme, no muy lejos; tal vez detrás de estos rosales; como una hacha suspendida sobre mi ventura; yo, siento el frío de esa cuchillo, que ha de decapitar mis sueños.

—¿Por qué tiembla la angustia en tu voz, que se hace triste, llena de un lúgubre misterio, como las teclas de un clavicordio, tocadas en un templo desierto, por las manos de un fantasma?... ¿por qué entristecer nuestras bellas horas de amor, con los tristes presentimientos que no han de realizarse nunca?... ¿no te amo yo bastante para arrancarte a los brazos del Destino aciago que te ha perseguido hasta ahora, y romper el hacha que quiere decapitar tus sueños? El Pasado es un cadáver; ¿por qué permitir a los muertos que turben la ventura de los vivos?...

—Ei Pasado, es un cadáver insepulto, lo llevamos siempre en nuestros brazos; no podemos desprendernos de él; mi Pasado se llama: la Soledad.

—Tu Soledad no existe; yo, maté tu Pasado, cuando maté tu soledad; no hay soledad posible donde el Amor florece; y el mío, ha florecido en el seno mismo de tu soledad; ¿no coronó con sus flores tus cabellos autumnales del color de la hoja seca que en el bosque amarillea?; ¿y esas flores no te ciñen con su gracia folescente, la cabeza soñadora, la cabeza virginal?; ¿no te ofrezco yo esas flores, con las manos temblorosas de una férvida emoción?; ¿y la pálida blancura de esas flores del Ensueño, no ilumina tus tinieblas con un halo sideral?; en el cáliz de esas flores, yo, te he dado mi alma toda, y, ¿en el cáliz de tus labios tu alma virgen no bebí?; por qué pues temblar ante la Vida?... ¿por qué?; ¿no estoy yo a tu lado, para amarte, para protegerte, para dar mi vida por la tuya si es preciso?

y, así diciendo la miraba en los ojos tristes, que habían llorado y tenían la tristeza de una agua muerta, en el oro fúlgido de la tarde; y, le estrechaba las manos con ardor, y se las cubría de largos besos apasionados, que tenían el fervor de la Noche naciente, suspirando en los mirtos florecidos.

—Es verdad—dijo ella—, es verdad.

y, como vencida por la embriaguez de las palabras escuchadas, dobló su cabeza sobre el hombro del mancebo, como una áurea poma, caída del ramaje y de la cual se escaparan átomos odorantes;

y él, buscó por las mejillas, el sendero de los labios, y, un gran beso, bes puro, desfloró la Soledad;

.....
.....
temblaron los follajes circunstantes;

unas manos, antes quietas, que detrás del cortinaje de verdura, sostenían apartados los ramajes para ver y oír lo que pasaba, los agitaron convulsas, de tal modo, que ellos, volviendo del vértigo admirable, alzaron a mirar.

y, Marta, apareció ante ellos, surgiendo del fondo color de herrumbre del bosque, como una belleza más, añadida a las bellezas de la hora, para disipar el sueño inquieto, de la carne adorante, que empezaba ya a reinar en sus cuerpos, extrañamente turbados;

y, apareció bella y pálida, con una palidez de horror, los ojos asombrados del que ha visto la boca de un abismo abrirse a sus pies, bajo cielos estúpidos y, sin piedad, y, sin embargo sonriente, con esa sonrisa dolorosa, del que sonríe por no llorar; contraía los labios con la fuerza del que acaba de ahogar un grito; y, su mansedumbre era, como la mansedumbre de un pantano, en cuyo fondo se libra un combate de boas.

—Mamá;

dijo él, poniéndose de pié y, abrazándola para besarla.

Marta, devolvió el beso filial, y, besó luego a Cordelia, que se le había acercado temerosa, la cual languideció en sus brazos, con la gracia flébil de una hierba acuática;

—Ya es tarde, dijo, con una voz, que aspiraba a ser serena, y, como si nada hubiese oído, y, nada hubiese visto, añadió:

—Vamos a cenar;

los dos jóvenes se prendieron uno y otro a los brazos de la Madre, y, teniendo en medio, emprendieron el regreso hacia la casa, por los senderos odorantes, que parecían infinitos, como caminos de Ensueño, bajo el cielo pálido y la caricia de los follajes, que tenían el calor de las alas de un pájaro extendidas sobre el nido...

todo parecía cantar sobre el corazón de los paisajes y el bermellón opulento de los rosales dormidos;

melódicamente.

La Belleza, es un castigo de los dioses, como el Genio;
tal había sido la belleza para Marta Echeverría;

a los quince años, su belleza altiva, recordaba la de las vírgenes que en los frisos de los templos de Pergamo, forman las comitivas cinegéticas de Diana; y, a esa misma edad, la Muerte enluteció su hogar, arrebatándole su Padre; quedó sola, con su madre reducida al lecho, minada por una incurable enfermedad;

su haber, ya muy mermado, resultó pertenecer todo, a un pariente agiotista, al cual estaba hipotecado;

este Harpagon redivivo, ejercía la Medicina y, la usura, con igual provecho y, era dueño y señor de vidas y, haciendas, en muchas leguas a la redonda de esos campos;

lascivo, y avaro, el viejo codicioso, codició la niña que había quedado en orfandad;

la madre vaciló en entregarle el tesoro de aquella adolescencia, llena de promesas;

la amenaza de un secuestro, y de la inmediata expulsión de su casa solariega, fué la respuesta a aquella vacilación;

¿a dónde iría la madre enferma, con su hija desamparada, puestas así, fuera del hogar en que habían nacido, y, colocadas, en el sendero rudo de la miseria?

la madre accedió;

la niña fué entregada al viejo avaro para hacerla su esposa, y, dió su virginidad al valetudinario lujurioso, que penosamente pudo desflorarla;

de estas nupcias de la senilidad y de la servidumbre nació un hijo;

fatigado y agotado Harpagon, en aquel esfuerzo, no volvió a acercarse ya a su esposa, que vió desierto su lecho, y vivió en una viudez corporal, forzada y solitaria;

requerido por la insaciable sed de acumular riquezas, y no pudiendo ya, a causa de su tarda edad, administrar sus vastos dominios, resolvió buscar un Administrador para ellos, y, hallólo en un joven, pariente suyo, muy pobre, que aceptó el cargo, privado de cualquier otro recurso;

trájolo a casa, y agobiólo de trabajos y de disgustos; pero, el joven resistió.

Gerardo Méndez, que así se llamaba éste, era un mozo garrido, fuerte, trabajador y concienzudo, que se dió al trabajo con pasión, y al deber con lealtad;

satisfecho de él, y deseoso de aumentar aún más su capital, el viejo se trasladó a la capital, donde fundó un Monte de Piedad, y, no hacía en sus campos sino raras e intermitentes apariciones.

Gerardo y Marta quedaron largos días solos, hermanos en su dolor y tristes de una misma tristeza: la soledad de sus corazones;

se confiaron sus infortunios y unieron sus almas abandonadas, en un idilio rural, entre las espigas de oro de los trigales sinfonizantes;

y, lo que debía ser, fué;

se dieron el uno al otro, y apuraron el Amor, con una sed de naufragos;

como fruto de ese amor cándido y culpable, nació una niña, que fué llevada lejos la misma noche en que fué dada a luz, y, confiada al cuidado de unos campesinos, que debían pasar por padres suyos; por orden de la madre se le dió el extraño nombre de Cordelia;

el idilio fué interrumpido por el regreso del viejo marido, cada vez más achacoso y más insoportable;

su primer cuidado fué repasar sus libros de cuentas, y arreglar éstas con el Administrador;

tuvieron los dos una discusión a ese respecto, y, el viejo licenció a Gerardo;

tres días después, traían al anciano muerto, atravesado el cráneo por un balazo;

se dijo que un arrendatario, a quien había expulsado de sus dominios, le había matado;

libres ya de ese obstáculo, los amantes legitimaron su unión uniéndose en matrimonio;

tuvieron siempre sus hijos, alejados de ellos;

Renato, el hijo del viejo, en un colegio;

Cordelia, en un convento;

un día, al cumplir quince años ésta, tuvo que ser retirada del convento, porque no podía permanecer más en él, sino a condición de profesar;

y, fué traída a su casa;

pocos meses después, y, ya terminada su carrera, Renato, volvió a su hogar;

y, los dos jóvenes se hallaron, se vieron y, se amaron...

¿cómo abrirles los ojos, sobre ese amor, para ellos inocente y en el fondo monstruoso, si llegaba a ser culpable?

he ahí lo que turbaba hasta el espanto las almas de Gerardo Méndez y de Marta Echeverría;

después de tantos años, su pecado, hecho carne, se alzaba ante ellos como una Expiación;

desolados, se miraban el uno al otro, atónitos, desconcertados, con largos silencios de angustia, como dos naufragos en la Noche, oyendo avanzar las olas que deben sepultarlos;

desde el día, en que Marta, oculta tras los ramajes, oyó aquella conversación y sorprendió aquel beso de amor, ya no hubo quietud para su alma, ni para su corazón;

al referírsele a su esposo, temblaron ambos, como si hubiesen visto un mismo puñal alzado sobre sus corazones;

y, Gerardo, pensó instintivamente, en el viejo asesinado, y, le pareció que su fantasma, reía terriblemente en las tinieblas, y, creyó escuchar que su voz cascada y temblorosa le decía:

—Mi sangre deshonrará la tuya; ¡asesino!...

y, rechazó a su mujer, que estaba entre sus brazos llorosa;

y, temblaba, temblaba, cuando arrepentido de su violencia volvió a abrazarla, y, al tomar su cabeza entre las manos para besarla, le pareció que en las sienes y sobre los cabellos, que empezaban ya a blanquear, sus manos habían dejado huellas de sangre, y, la veía orlada de sangre, roja de sangre, como la cabeza de un ajusticiado;

¿qué hacer?

¿qué hacer?

se preguntaban el uno al otro;

y, en su confusión, en su desesperación, no hallaron otro remedio que separarlos; sacrificarla a ella, la más débil, la que no podía defenderse; volver a llevarla al convento, de donde había salido porque no quería profesar, y hacerla monja... ¿con qué pretexto?, con el pretexto de que era una carga, muy pesada para ellos;... que no podían mantenerla; y, que ella, huérfana y sola en el mundo debía buscar un asilo; la Religión se lo daba; y debía hacerse religiosa...

¿quién se lo diría así?

y, ¿quién se lo diría a Renato, violento y autoritario como era?

¿se resignarían?

ella, sí; ... ¿qué hacer contra la Fatalidad de su Vida?

pero, ¿él?...

él, había dicho —y Marta lo había oído,—que él era libre, que era rico, que era mayor de edad y que la haría su esposa; y que así se lo participaría muy pronto a su madre...

y, Marta, lloraba pensando;

¿qué decirle?

¿con cuál pretexto oponerse?

¿decirle la verdad?...

¿deshonrarse a los ojos de su hijo?...

¿perderse ella, para salvarlos a ellos?...

¿era ese su deber?

la resignada tristeza de su corazón no acertaba a decirle nada...

y, callaba, como esperando el golpe del destino que había de anonadarla.

¿Por qué mi madre nos sigue a todas partes?, ¿por qué no podemos ya gozar la Soledad?... por doquiera, los pasos y, los ojos maternos nos siguen angustiados... ¿por qué hay tanta angustia en los ojos de mi Madre?, ¿por qué sus ojos se hacen turbados y dolorosos, como cielos cargados de tormentas?

así decía Renato, estrechando la mano de Cordelia, en un momento en que quedaron solos, bajo el emparrado cómplice, en el candor de la tarde violeta, en la cual, el Tramonto hacía derroches de oro, sobre la púrpura de las cimas lejanas;

y, ella, oyendo esas palabras, dobló la cabeza, con la languidez de una hoja muerta; entonó lentamente los párpados, haciendo sombra en el alma del Amante, como si toda la luz del sol occiduo, hubiese desaparecido prisionera en la urdimbre de aquellas pestañas auríficas; y dijo con una voz muy triste, llena de sobresaltos:

—He ahí, que vuelven los días aciagos para mí; escrito está, que no podré ser nunca feliz; la puerta de la Soledad se abre de nuevo ante mis ojos, que la creían cerrada para siempre, y, las manos que debieran protegerme, me empujan de nuevo a la Soledad; anoche, tu madre, me entregó una carta de la Superiora del convento en que me educué; me acusa de olvido y de ingratitud, y, me invita a una fiesta religiosa que tendrá lugar allí; y a la cual asistirán todas las educandas que fueron o son de ese colegio, y tu madre me dijo, que no debía olvidar las monjas, que yo era sola en el mundo, y, si ellos, llegaban a morir, ¿en dónde encontraría yo asilo, sino entre aquéllas que me habían educado?, y, añadió que el tío Gerardo, partía esta semana para la capital, y, yo, debía acompañarlo para visitar las monjas, y al decirme esto me besó en la frente y lloraba mucho, mucho, como si fuéramos a separarnos para siempre; ¿por qué me llevan lejos de tí?, ¿por qué quieren separarnos?

—¿Por qué?—dijo él, con una voz, tremante de mal disimulada cólera— porque yo, he sido cobarde a causa tuya, porque por tus ruegos, yo, no he dicho a ellos la verdad; ¿a ellos?, no, porque Gerardo, no existe para mí; a mi Madre; mi Madre es suave. mi Madre es buena, mi Madre es santa; ella sería la sola adoración de mi Vida, si tú no hubieses aparecido en mi sendero, para llevarte todas mis adoraciones...

—Es verdad, dijo la virgen, abriendo de nuevo sus ojos hipnotizantes, sobre el corazón del Amado y sobre el corazón de los paisajes;—Es verdad;— ¡cómo ella es suave, cómo ella es buena, cómo ella es santa;... cuando me besa, me parece que toda la luz y, todo el rocío del cielo, caen sobre mí, corazón para pacificarlo; ¿por qué ahora sus miradas son tan tristes?, ¿por qué esa orla roja, que aparece en sus párpados fatigados?

—Tal vez la aureola de oro de tus cabellos, deslumbra sus pupilas.

—No; hace ya varios días, que mirarle el rostro me da pena; en ciertos momentos, y cuando cree que no la vemos tiene un rostro de angustia, y casi podría decirse que de horror; miedos extraños deben asaltarla, porque en estas últimas noches me ha hecho dormir en su aposento, cerrando a llave la puerta como si temiese que nos asaltasen; no acierta a separarse de mí; me sigue a todas partes, con miradas inquietas; sus ojos se humedecen de lágrimas, mirándome, sus labios tiemblan al besarme, como si un brevaño extraño los hiciese convulsos, sus manos me hacen mal, cuando toman mi rostro para

acercarlo al suyo, tal es la fuerza nerviosa con que me estrecha; se diría que teme perderme...

—Pobre Madre;... yo también la he visto muy cambiada; su belleza opulenta se ha ajado en pocos días, como una rosa bajo la nieve; sus ojos, antes apacibles, como grandes cielos otoñoles, son ahora, inquietos, como ojos de febricitante, y, rojos cual si hubiesen sido quemados con la sal de las lágrimas, guarda largos silencios, cual si quisiese estrangular las palabras antes de decirlas, o sus labios se mueven violentos, como despedazando los vocablos que no quieren pronunciar; se diría que un secreto duerme en ellos, y, los muerde, con el furor de una serpiente; pero ¿qué secreto puede tener mi Madre?, ella ha vivido siempre en santidad, en tranquilidad, en soledad; su vida ha sido un lago quieto, sobre el cual no se ha encorvado nunca el ala de una tormenta; pero noto que su sensibilidad siempre exquisita, se hace ahora aguda y enfermiza; si vieras cómo lloraba ayer, cuando le conté el argumento de un cuento que estoy escribiendo, un cuento edgardpoano basado en una visión que tuve la otra tarde, en el viejo salón de casa, a la hora crepuscular; hoy me ha pedido el manuscrito; y, se ha encerrado en su cuarto para leerlo, y tal vez por eso estamos solos esta tarde.

—Y ¿cómo es el cuento?, ¿por qué no me lo has leído?

—Es apenas como el alveo de una novela, el germen de un cuento, que pienso desarrollar, y, al cual he dado el nombre de «El Motín de los Retablos»; surgió ese cuento de una especie de sueño, por no decir visión, que tuve recientemente; es una escena hoffmaniana, y de un pintoresco triste, como una danza de espectros;

acaeció, que, dado como soy, a cosas del ensueño y de la fantasía, dime a divagaciones, solitario una tarde, en el salón vetusto de la casa, a esa hora incierta del crepúsculo en que parece avivarse el alma de las cosas viejas, revivir los seres muertos y, abrirse el corazón tenebroso de la Conseja;

extingúase lentamente la luz en el gris amortecido de la penumbra, borrábase las perspectivas y los lineamientos de los objetos en una como sinfonía languinar de descoloraciones, de tintes vagos y espectrales; todo lo amorfo se fundía en la sombra;

yo, miraba fijamente, tenazmente, inconscientemente, la serie de retratos antiguos que ornán los muros del Salón; son viejas pinturas, hechas en madera, por un viejo pintor ambulante, a quien mis antecesores dieron un día hospedaje, y, que representan, aislados o en grupos, diversos matrimonios de abuelos, copiados de antiguos daguerrótipos;

atraíanme, sobre todo, los rostros de las mujeres de mi raza materna, todos de una belleza deslumbrante, como la de mi Madre;

¿recuerdas el de aquella abuela, de tocado y vestimentas, tan arcaicas, que nos ha hecho muchas veces, sonreír en su presencia? ¡qué aire de severidad y de dominio!...

¿y aquella otra, gorda y rolliza de aspecto flamenco, que parece un retrato de Holbein?

¿y aquella pálida, de cabellos negros, toda adornada de grandes esmeraldas, tan verdes como sus ojos, graves y pensativos, llenos de calmas lacustres?

¿y la otra, de miriñaque y tirabuzones, estilo segundo Imperio, más elegantizada y más cortesana que las otras?

¿y la madre de la mía, con su aire ascético, su palidez de ceramita y sus negras vestiduras, con aspecto de sayal?

el retrato de mi Madre, se mostraba al frente, aislado, solitario, en un muro, como llenándolo todo, con el esplendor de esa belleza auroral, que la Naturaleza le dió, para consumirla en el Silencio y en la Soledad, como las dos únicas zonas, dignas de poseerla sin profanarla;

allí reinaba como Soberana, y parecía tener todas las otras bellezas, bajo el cetro de la suya, turbadora y, espléndida, como una noche de Agosto cálida y estrellada llena de una armonía musical, y, de los perfumes encrvantes de las camelias en flor...

de súbito me pareció ver que las mujeres de esos retablos, se animaban sus rostros tomaban expresiones austeras e indignados, se hacían rojos de cólera, y volvían a mirar hacia el retrato de mi Madre con los ojos llenos de rencores y los labios prontos a todos los ultrajes;

las figuras se animaron ante mis ojos, se hicieron vivas, descendieron de sus cuadros, en formas corporales completas, se agruparon al pie del retrato de mi Madre, que las miraba con ojos tristes prontos a llorar, y, la insultaban sí, yo oía sus insultos, tendían hacia ella, los puños convulsos, las manos amenazantes, como para herirla, para despedazarla, para ultimarla, en aquel motín de furias;

el retrato de mi Madre había tomado también formas vivas, y, estaba ante aquellas mujeres como un acusado en el Pretorio, se cubría el rostro con las manos, y parecía sollozar...;

el motín de los retablos no cesaba; la turba de mujeres indignadas avanzaba sobre mi Madre; iba a herirla;

entonces, mi Madre huyó; escapó de la casa, corrió hacia los campos, hollaba apenas la tierra, como si tuviese pies mercuriales, ornados de alas...

la turba la seguía vócterante y amenazante, engrosada por una multitud de mujeres labriegas, que parecían surgir de los surcos abiertos en el campo;

viendo huir así, a mi Madre, perseguida por la chusma, pensé, vagamente; no sé porqué en «La Adúltera», aquel cuadro de Besnard, en que las mujeres de Betania persiguen a la infiel, terribies y ululantes, hasta que Jesús aparece en el sendero, y extendiendo hacia la mujer culpable, sus manos de Misericordia, la libra de los furores de la plebe;

ya mi Madre, iba a ser alcanzada por las Ménades en furia, ya iba a ser herida, ya iba a ser muerta, cuando yo, apareciendo delante de la turba aulladora y, extendiendo ante ella, mis brazos, para proteger a mi Madre le grité: —Mi Madre es Inocente; mi Madre, es Pura; mi Madre, es Santa...

con aquel esfuerzo violento, volvi en mí; abrí los ojos, y me puse en pie; ei

salón estaba en tinieblas, apenas alumbrado por la luz del cielo, que entraba por los ventanales abiertos; los retablos yacían inmóviles, colgados al muro; el de mi Madre, esplendía en su belleza, pero, me pareció que tenía los ojos muy tristes como si verdaderamente hubiese llorado;

aquella noche, escribí esa visión, en un cuento poémico, hecho en esa prosa rimada, que fué la fuerza y el encanto de los escritores italianos del Renacimiento;

hablé de él a mi madre, que ha querido leerlo, y, tal vez ahora, se halla ocupada en eso;

calló;

callaron los dos, envueltos en un silencio profético, como si escuchasen morir el día triste en el cielo límpido y nacarizado, como el corazón de una perla virgen;

.....
.....

los rosales se agitaron, en un suave movimiento, cual si dos alas abrieran sus ramajes siempre en flor;

y, Marta apareció;

bella, como la Marta de la Biblia, que hubiese dado al mundo, esos retoños, pero, no en los campos idílicos de Betania sino en los campos airados y, las playas tragedizantes donde Esquilo hizo vibrar los clamores de la Orestia; furiosamente.

—Si ella no tiene nombre, yo le doy el mío; si ella es pobre, yo le doy mis riquezas; si ella es sola en el mundo, yo, le doy mi compañía; ¿qué más queréis? así le había dicho Renato a su madre, aquella mañana en su aposento, cuando con la cabeza en las rodillas maternas, tierno y acongojado, como si fuese un niño, le había revelado su amor, y, le había expresado su voluntad decidida de casarse con Cordelia.

Marta, había tenido el valor de no traicionarse, había ocultado su angustia, bajo el velo de la sorpresa y de la vacilación, y, había pedido a su hijo, una tregua de pocos días para resolver un asunto tan serio y tan definitivo...

—Es que Gerardo ha invitado a Cordelia para ir con él a la Capital, y sos-

pecho que piensa dejaría en el Convento; eso, no lo permitire yo; Cordelia, no saldrá de esta casa si yo, no quiero; yo, soy el dueño y el jefe de esta casa, y nada se hace aquí sin mi voluntad—; dijo el joven con una voz alterada, en la cual vibraban todos sus rencores.

Marta, que conocía estas exaltaciones de su hijo, tan peligrosas a la paz del hogar, trató de calmarlo, diciéndole, que era libre de sus hechos, como dueño y señor de aquella casa, y que solo le pedía, mientras realizaba sus designios, respetar la virtud de la huérfana desamparada que se había acogido a ellos.

—Podría dormir en mi lecho, y, se levantaría virgen; yo, sé respetar el hogar en que duerme mi Madre; este hogar que hasta hoy, ninguna de las mujeres de mi raza, ha profanado con una falta—dijo Renato con energía implacable;

oyendo aquellas palabras de su hijo, cuya voz era aún impetuosa, Marta, no se atrevió a mirarlo, alzó los ojos tristes y bellos hacia el cielo, y, su rostro se empurpuró como si todos los escarlatas de las nubes, se hubiesen agrupado sobre ella, bajo el límpido azul;

y, esa noche, cuando después de la cena, y, ya en el salón, dijo a Renato: —Sobre tu mesa he puesto, los manuscritos del «Motín de los Retablos»; yo, le he añadido al final unas líneas; léelas; tal vez, toda la emoción del drama está en ellas; tú no podías escribirlas;—su voz era tranquila, como la de aquel que ha tomado ya, las supremas resoluciones y está más allá del meridiano de la angustia:

el hijo sonrió, besando con amor, la mano de la madre, que sin duda habría escrito muy bellas cosas al pie de su cuento inconcluso;

Marta, besó efusivamente, a los dos jóvenes, que quedaron en el salón, y, se retiró a sus aposentos, en cuya sombra desapareció como en una interminable bahía de azur;

aquella noche, la velada musical, fué corta.

Renato, aguijoneado por la curiosidad de leer, las líneas que su madre había escrito, al final de su Visión bíblico-hoffmaniana, no ponía mucha atención a lo que Cordelia tocaba al piano, y, se entretenía en mirar, más allá de las ventanas abiertas, el esplendor radioso de la noche, llena de reflejos áureos, y, el sueño de los jardines, dormidos bajo el halo de la luna, que tenía el aspecto de una hoz pronta a segar trigales invisibles, en las praderas vírgenes del cielo;

atento a sus visiones interiores que parecían fundirse en las melodías apasionadas de la música apenas si notó cuando Cordelia, conmovida por la exaltación lírica de la ejecución, dejó de tocar, y, cerró el piano y, fué hacia él, tendidas las manos, con los labios llenos de sonrisas y los ojos pesados de sueño;

se dijeron adiós, con un beso casto, que tenía el candor de dos palomas, y, la albura de un pájaro de nácar, perdiéndose en la nieve impoluta de los rosales, que ellos también se besaban en la sombra...;

y, antes de separarse, se miraron un momento, tiernos y conmovidos, con ojos pensativos y, soñadores, como si la música que ya no era, los llenara aún

con sus armonías románticas, y, sus almas fueran, como dos cuerdas de una misma cítara, sonando en la soledad;

.....
.....
Ya en su aposento, Renato, al cerrar la ventana, quedó absorto, ante el encantamiento de la Noche;...

no pudo librarse de la divina sugestión, y, apoyado de codos en el barandal, miró el aureo joyel de los campos taciturnos, en donde parecía, que aurifabristas invisibles, laborasen maravillas de oro y pedrerías;

en el cielo, era una diluición de colores suaves y delicuescenses, fundiéndose armoniosamente en un indigo pálido, que la luz de las estrellas clareaba con un palor de plata bruñida;

la comba cerúlea, era como una turquesa cóncava que un artífice supremo hubiese cincelado con primor, haciendo en ella incrustaciones de ágata;

sobre el jardín, hecho esotérico y umbrío, con negruras insondables, imperaba el Silencio, como en una liturgia de ensoñaciones;

más allá, las llanuras se extendían en una quietud de estuario; se dirían hechas de madreperla, con venazones de cristal;

perfumes enervantes traía el aire, arrancados al corazón vegetal, de las selvas remotas;

como si intoxicado por ellos, sintiese una fiebre extraña y dolorosa, apoderarse de él, se arrancó a la fascinación imperativa de la Noche, cerró fuertemente la ventana, y, se dirigió a su mesa de trabajo;

allí, sobre ella, en lugar preferente, y cuidadosamente arreglados, estaban los manuscritos del «Motín de los Retablos»;

se sentó para leer;

no quiso releer su propia prosa, y, buscó con avidez las líneas trazadas por la mano de su madre;

las halló;

no eran muchas, escritas en tinta roja, en una letra clara y enérgica, y, en el mismo diapason musical de las prosas rimadas de su cuento;

y, decían:

«Los retablos eran justos, los retablos eran santos, cuando aquel día persiguieron a la huyente pecadora...»

las mujeres indignadas, persiguiéndola, expulsándola de los muros del hogar, eran justas y eran buenas, porque esa Pecadora ya lo había deshonrado, y, había ya deshonrado el tálamo marital...

el Motín de los Retablos, era justo y, era Santo, porque iba persiguiendo a la Adúltera...

y, tu Madre, era esa Adúltera;...

esa hembra pecadora, fué tu Madre...

ella se dió a otro hombre, a Gerardo Méndez, vivo aún tu padre, ultrajando sus canas y su hogar.

el fruto de su amor culpable fué esa niña que hoy quieres para esposa;

*Corúelia, es tu hermana;
ya sabes la Verdad:
ahora;
perdóname
ó, insultame;
únete al motín de los retablos y lapídame...
o, perdóname, como el Cristo Salvador...
bésame en la frente deshonrada;
o ultíjame con tu anatema mis canas venerables;
tuya es mi Vida.»*

.....

Renato, acabó de leer...
no veía nada...
¿era que había cegado?...

anduvo en la habitación como a tientas, con los brazos extendidos, hacia adelante, y, los movimientos desconcertados de un felino en la jaula:
su ofuscación no le permitió notar el temblor de las hojas de la puerta, cerrada, tras de la cual parecía gemir alguien;
se detuvo;
se acercó a la mesa;
y, escribió...
«Yo, perdono a mi Madre:
Yo, amo a mi Madre...
Yo bendigo a mi Madre...»
Mi Madre, es buena;
Mi Madre es pura;
Mi Madre es Santa:
¡Bendita sea mi Madre!

.....

—¡Gracias, gracias, hijo mío, iba a decir Marta, que de rodillas ante la puerta, con el rostro casi contra el suelo, mirando por las hendiduras, seguía los movimientos de su hijo, cuando, lo vió empuñar un revólver, llevarlo a la sien y, dispararlo...

lo vió caer y, sintió su cabeza rebotar contra la puerta tras la cual estaba ella de rodillas...

inmovilizada por el horror, no se movió; no gritó,
sintió que algo cálido, que corría bajo la puerta, le mojaba los labios y el rostro...

era la sangre de su hijo;
la masa encefálica de su hijo..
se puso en pie...

y, con el rostro, rojo de sangre, y, los labios llenos de sangre, como los belfos de una leona que acaba de devorar a su cachorro, gritó, con un grito, que hizo temblar de horror los jardines y las selvas:

—Hijo mío! Hijo mío! Hijo mío!...

y el corazón de la Noche, repitió el grito desolado:

—Hijo mío! Hijo mío! Hijo mío!...

era la voz de Herriba gritando en la soledad de la Noche sin entrañas

—Hijo mío! Hijo mío! Hijo mío!...

Pargasilila

Escrito en *Evan les Bains*, en el primer mes
del Otoño de Mil Novecientos Diez y Siete.

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡EUREKA!!

Buen humor, por la comodidad.
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolas Maria Rivero, núm. 11.- MADRID



Treinta años

servándolo abundante y hermoso como en la edad juvenil.

A esta edad si no ha salido, pronto saldrá la primera cana. no debeis descuidaros, usad en seguida el agua L- Flor de Oro, y evitaréis las canas, la caspa y la caída del cabello, con

—Se vende en las perfumerías y dro-

ESCUELA MILITAR

los estudios y demás ocupaciones.

UNIVERSITARIA.—COLMENARES, 5 DUPLICADO - MADRID.—La que más reclutas de cuota ha instruido durante el último curso. Es la preferida por el elemento escolar por sus horas de clase, compatibles con

La Novela TEATRAL

publicará mañana domingo, en número extraordinario, el juguete cómico en tres actos

EL ULTIMO BRAVO

Habiéndonos otorgado los señores

GARCÍA ALVAREZ Y MUÑOZ SECA

autorización para publicar

LOS CUATRO ROBINSONES

PASTOR Y BORREGO

TRAMPA Y CARTÓN

invitamos al lector a que adquiera

EL ULTIMO BRAVO

que en unión de

EL VERDUGO DE SEVILLA

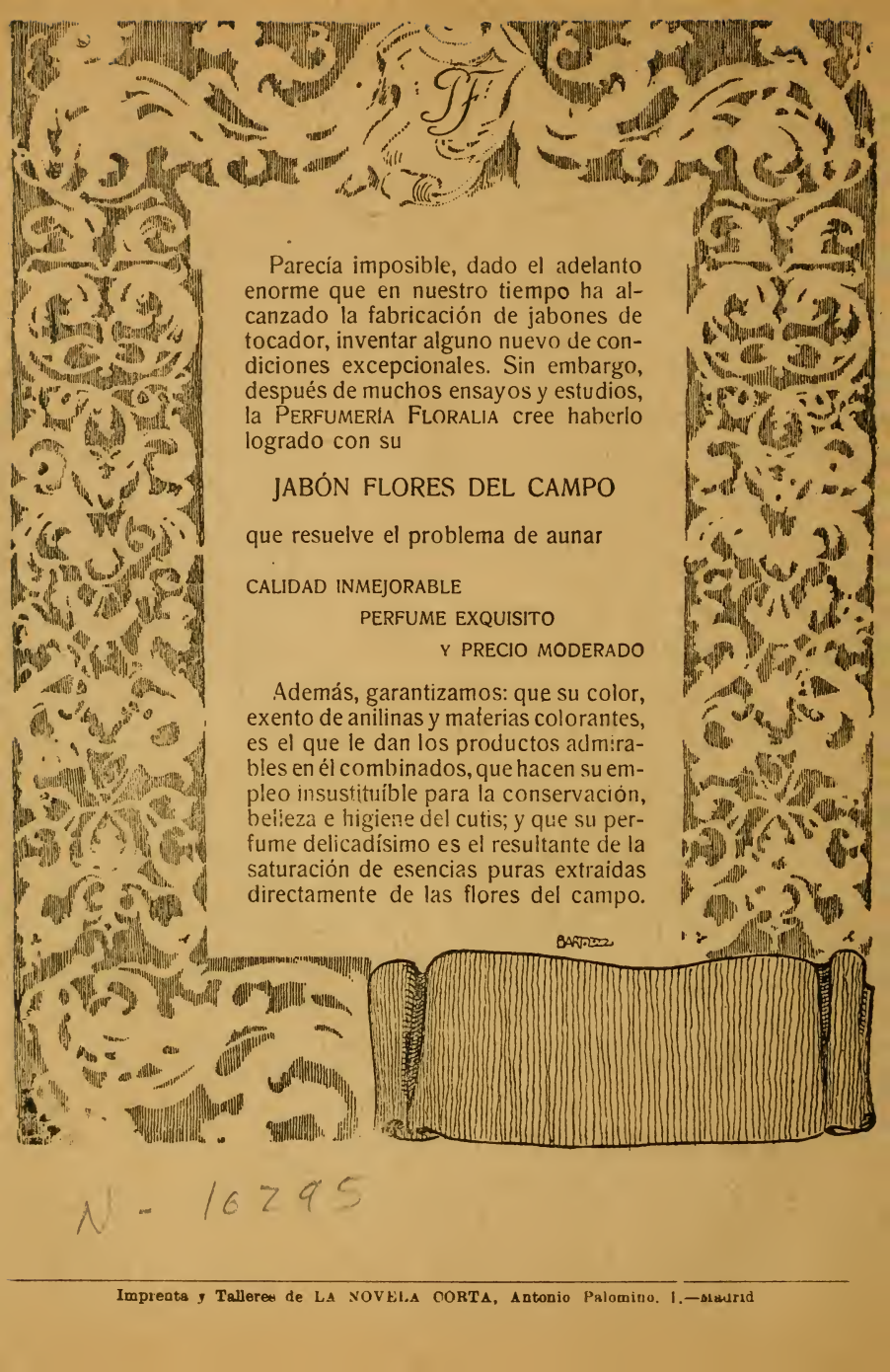
FUCER XXI

LA FRESCURA DE LAFUENTE

componen las obras completas en «colaboración» de tan ingeniosísimos autores.

Editorial de libros de la
por M. TOVAR

VEINTE céntimos.



Parecía imposible, dado el adelanto enorme que en nuestro tiempo ha alcanzado la fabricación de jabones de tocador, inventar alguno nuevo de condiciones excepcionales. Sin embargo, después de muchos ensayos y estudios, la PERFUMERÍA FLORALIA cree haberlo logrado con su

JABÓN FLORES DEL CAMPO

que resuelve el problema de aunar

CALIDAD INMEJORABLE

PERFUME EXQUISITO

Y PRECIO MODERADO

Además, garantizamos: que su color, exento de anilinas y materias colorantes, es el que le dan los productos admirables en él combinados, que hacen su empleo insustituible para la conservación, belleza e higiene del cutis; y que su perfume delicadísimo es el resultante de la saturación de esencias puras extraídas directamente de las flores del campo.

BARTIZZ



N - 16295